

Ralph Waldo Emerson

La confianza en uno mismo

Índice

Introducción	6
Ralph Waldo Emerson	
<i>La confianza en uno mismo</i>	9

Lee. Aprende. Crece.

Este documento fue descargado de InfoLibros de manera legal,
¡Y eso es genial!

En InfoLibros, nos esforzamos incansablemente para que libros
excepcionales estén disponibles gratuitamente para todos.

Pero este libro no es el final...



Miles de Libros Gratis: Con más de 3.500 libros en nuestro
catálogo, tu próxima gran lectura te está esperando. ¿Buscas
inspiración, aventura o conocimiento? Lo tenemos todo.



Sin Costos, Sin Complicaciones: En InfoLibros, creemos
en el acceso libre y fácil al conocimiento. Todos nuestros libros
están disponibles sin ningún costo y sin necesidad de registro.
¡Sí, así de simple!



Descubre y Aprende: Sumérgete en nuestra
amplia variedad de temas y encuentra exactamente lo que
necesitas. Desde clásicos literarios hasta libros de
actualidad, nuestro contenido está diseñado para enriquecer tu
mente y espíritu.

Para leer y descargar

libros gratis visita

InfoLibros.org



infolibros.org/libros-pdf-gratis/

Introducción

“La confianza en uno mismo” (1841) es uno de los ensayos más significativos de su autor, Ralph Waldo Emerson (1803-1882), y el más relevante – junto con “Experiencia” (1844) – desde el punto de vista filosófico y humanístico. Recordado gracias a Oliver Wendell Holmes como “la declaración de independencia cultural” de Estados Unidos, constituye uno de los textos fundacionales no ya de la literatura de su país, sino de su historia y de su cultura en general. Se trata de un ensayo en el que se van trazando las aspiraciones a la emancipación cultural de su país respecto del Viejo Continente y en el que al mismo tiempo se vislumbran las características potenciales de la nueva nación. El título del ensayo es lo suficientemente explicativo en este sentido: la confianza en uno mismo, la separación consciente respecto de las tradiciones antiguas en tanto que dogmas, constituyen la marca identitaria del recién nacido país. No se trata, como se advertirá, de rechazar radicalmente el legado del pensamiento mundial (y decimos *mundial* porque Emerson conocía bien tanto la filosofía europea como la asiática, y las demás en menor medida). Lo que el autor propugna es una independencia que permita abrir un espacio de pensamiento nuevo y libre, no incompatible con el anterior, en el cual releer a los clásicos y aplicar sus ideas a un mundo que se abre y que en poco tiempo encarnará la modernidad en todos sus aspectos. Basta con ver las citas que abren éste y otros muchos ensayos suyos para comprobar hasta qué punto Emerson volvía la vista atrás en busca de la sabiduría. No hay confianza en uno mismo sin conocimiento del pasado.

Con todo, el ensayo no está exento de polémica, sobre todo en lo que se refiere a las ideas políticas que implícitamente propugna. Con frecuencia se ha acusado a Emerson de ser un individualista radical, en ocasiones hasta el extremo, y de tolerar – o, al menos, no denunciar

directamente – el pragmatismo político-económico de su país, favorecido durante décadas por cuestiones tan dramáticas como la esclavitud y la ausencia de derechos civiles. Aquí me permito remitir al lector a los libros de dos grandes expertos en la obra de Emerson, Len Gougeon y David M. Robinson, para comprobar hasta qué punto esto no es más que una falacia basada en lecturas superficiales y prejuicios establecidos desde hace ya mucho contra la generación romántica y el idealismo. Debemos entender este ensayo, como tantos otros de su autor, como una exhortación al crecimiento personal y a la confianza en los valores propios; pero decir que esos valores surgen del vacío o del capricho constituye una desvirtuación de su pensamiento en toda regla, además de un intento de convertir a Emerson en lo que no es. En otras palabras, no hay ética sin valores e independencia, pero tampoco sin cultura y conocimiento compartido.

RICARDO MIGUEL ALFONSO

RALPH WALDO EMERSON

La confianza en uno mismo

“Ne te quæsiveris extra”

El hombre es su propia estrella; y el alma que sea capaz de engendrar un hombre honesto y perfecto gobernará sobre toda la luz, toda la influencia, todo el destino; para él nada llegará demasiado pronto o demasiado tarde. Nuestros actos son nuestros ángeles, nuestro bien o nuestro mal, las sombras fatales que caminan a nuestro lado.

(Epílogo a *La fortuna del hombre honesto*,
de Beaumont y Fletcher)

Leía yo el otro día unos versos compuestos por un pintor de renombre que me resultaban originales, nada corrientes. Sea cual sea el asunto, el espíritu siempre percibe una advertencia en esa clase de versos. El sentimiento que infunden tiene más valor que las ideas que contienen. En eso consiste el genio, en creer en tu propio pensamiento, creer que lo que es verdadero para ti en tu corazón lo es también para los demás. Otórgale voz a la convicción que late en tu interior y ésta adquirirá un significado universal, pues lo íntimo, con el tiempo, se transforma en lo general, y nuestro primer pensamiento volverá a nosotros con las trompetas del Día del Juicio. Por muy familiar que les sea la voz de la mente a cada uno de ellos, el gran mérito que concedemos a Moisés, Platón y Milton consiste en que todos ellos reducen a la nada libros y tradiciones enteras, y escriben no lo que piensan los hombres sino lo que piensan ellos mismos. La persona debe aprender a detectar y a atender ese destello de luz que cruza su el interior de su mente en lugar de admirar el lustre del firmamento con sus bardos y sabios. Sin embargo, el hombre rechaza su propio pensamiento sin dudarlo, y lo

rechaza porque proviene de sí mismo. En cada obra del genio reconocemos los pensamientos que hemos descartado: vuelven a nosotros con una cierta majestuosidad ajena. Ésta es la lección que nos enseñan las grandes obras de arte. Nos muestran cómo obedecer a nuestra impresión natural, y siempre con una inflexibilidad jovial, en aquellos momentos en que se nos llama desde la otra orilla. Si no es así, mañana alguien dirá con gran sentido común lo que nosotros pensábamos y sentíamos desde siempre, y por ello nos veremos obligados, no sin vergüenza, a adoptar de otro lo que era ya opinión nuestra.

En la educación de todo individuo hay un momento en que éste llega a la convicción de que la envidia es ignorancia, que la imitación es un suicidio y que, para bien o para mal, debe tomarse a sí mismo como vara de medir. Llega un punto en que, por muy rebosante que esté la tierra de bondad, no obtiene un solo cereal si no es aplicando sus herramientas a la porción de suelo que se le ha encomendado sembrar. El poder que entonces surge en él es algo nuevo dentro de la naturaleza; él es el único que sabe qué puede hacer, aunque no estará seguro hasta que lo haya intentado. No en vano ciertos rostros, personajes o hechos le dejan una profunda huella mientras que otros le resultan indiferentes. Este arte de la escultura de la memoria tiene una armonía preestablecida. El ojo se coloca allí donde va a caer un rayo de luz para que pueda ser testigo de ello. Nosotros apenas expresamos la mitad de lo que somos y nos avergüenza la idea divina que cada uno representa. Podemos confiar con prudencia y buenos augurios en que sea impartida de manera sincera, pero Dios no dejará que un cobarde enseñe su obra. Un hombre sólo reposa y se alegra cuando ha puesto toda su alma en su trabajo, cuando lo ha hecho lo mejor que sabía; y sin embargo, lo que ha hecho o dicho de otra manera no le dejará descansar. Es un desahogo que no desahoga: el genio le abandona en el intento, y en tal caso las musas, la inventiva y la esperanza ni se le acercan.

Confía en ti mismo: cada corazón vibra según esa cuerda de hierro. Acepta el lugar que la divina providencia te ha otorgado, la sociedad de tus contemporáneos, la cadena de los sucesos. Así lo han hecho los grandes hombres: como niños, se han encomendado al genio de sus tiempos, y su entendimiento ha manifestado que aquello que realmente merece la pena se encontraba a su lado, trabajando a través de sus manos y dominando su ser. Ahora somos hombres y debemos aceptar con la mayor altura de miras el mismo destino trascendental; no somos menores ni inválidos resguardados en un rincón, ni tampoco cobardes que huyen ante la revolución, sino guías, redentores y benefactores que siguen el todopoderoso esfuerzo y que superan el caos y la oscuridad.

¡Qué bellos son los oráculos que nos brinda la naturaleza en este texto, reflejados en los rostros y el comportamiento de los niños, de los infantes e incluso de los necios! Ninguno de ellos muestra una mente dividida y rebelde, ni desconfianza hacia los sentimientos propios cuando la aritmética valora las fuerzas y medios contrarios a nuestro propósito. Sus mentes son completas, su mirada todavía no ha sido conquistada y cuando miramos sus rostros nos desconcertamos. La infancia no se aviene a nada: todas las cosas se adaptan a ella, y así un bebé hace que cuatro o cinco adultos parloteen y jueguen con él. Igualmente, Dios ha dotado a la juventud, la pubertad y la madurez con idéntica picardía y encanto, las ha hecho envidiables y graciosas, y de ese modo cuando alcanzan firmeza sus pretensiones no deben dejarse de lado. No penséis que la juventud carece de fuerza porque no nos hable directamente. ¡Prestadle atención! Si escucháis en la habitación de al lado su voz os llegará con suficiente claridad y vehemencia. Parece que sabe dirigirse a sus contemporáneos. Sea tímida u osada, sabrá cómo convertirnos a todos los adultos en algo innecesario.

Esa impasibilidad del joven que sabe que siempre tiene un plato caliente en su mesa y que, como si se tratase de un señor, declina decir

algo amable para ganarse nuestra admiración, no deja de ser una sana actitud de la naturaleza humana. Un joven en un salón es lo mismo que una baraja en una casa de juego: independiente, irresponsable, mira desde mi rincón a las gentes y las cosas que pasan por allí, los juzga a todos según sus méritos y, con la rapidez del niño, los califica como buenos, malos, interesantes, tontos, elocuentes o pesados. Para nada le interesan las consecuencias ni los intereses: nos da un juicio independiente y genuino. Debes cortejarle tú, no él a ti. Sin embargo, el adulto es, por así llamarlo, prisionero de su propia conciencia. En el momento que actúa o habla para el público se convierte en un individuo comprometido, analizado según la simpatía o el odio de centenares de otras personas cuyos afectos debe tener en cuenta a partir de ahora. No hay remedio para eso. ¡Ojalá pudiese regresar a la neutralidad! Quien pueda dejar atrás las promesas y – después de haber tenido la perspectiva anterior – pueda mirar de nuevo desde una inocencia sin afectos, prejuicios ni sobornos, ése debe ser un coloso. Dará su opinión acerca de todos los asuntos pasajeros, los cuales, al aparecer no como algo personal sino necesario, se clavarán como dardos en el corazón del ser humano y le atemorizarán.

Hay voces que podemos oír en soledad, pero que se desvanecen en cuanto ponemos un pie en el mundo. En todas partes la sociedad se convierte en una conspiración contra la individualidad de cada uno de sus miembros. No es más que una sociedad anónima en la que, para asegurar mejor el pan de cada accionista, sus integrantes se ponen de acuerdo para quitar la libertad y la cultura a los comensales. La virtud más solicitada es la conformidad, la confianza en uno mismo es su antagonista. Esa sociedad no valora las realidades ni los creadores, sino los nombres y las costumbres.

Aquel que quiera ser un hombre habrá de ser un inconformista. Quien desee ganarse las palmas inmortales no debe detenerse ante el nombre de la bondad, sino que debe explotar si de verdad eso es bondad. Al final, nada hay más sagrado que la integridad de tu propia

inteligencia. Si te absuelves de ti mismo, entonces tendrás el apoyo del mundo entero. Recuerdo que una vez, siendo yo joven, tenía que dar respuesta a un estimado tutor que no paraba de importunarme con las viejas doctrinas de la iglesia. Cuando le pregunté “¿Qué tengo que hacer con las tradiciones sagradas si vivo enteramente desde mi interior?”, mi compañero sugirió que “Esos impulsos pueden venir de lo más bajo, no de lo más alto”. Yo le contesté: “No creo que así sea; pero si soy hijo del Diablo, entonces viviré de él”. No hay ley que pueda ser más sagrada que la de mi propia naturaleza. El bien y el mal no son más que conceptos que fácilmente transferimos a esto o aquello; pero lo único bueno es lo que prolonga mi naturaleza, y lo único malo es lo que va contra ella. Un ser humano debe estar al lado de sí mismo ante cualquier oposición, como si todas las cosas fuesen inmateriales y efímeras excepto él. Me avergüenza pensar con qué facilidad capitulamos ante las banderas y las palabras, ante grupos numerosos e instituciones muertas. Cada individuo decente y persuasivo me afecta y me conmueve más que aquello que resulta correcto. Yo mismo debería caminar erguido y con energía, y debería decir la verdad sin importar las circunstancias. ¿Debemos permitir que la malicia y la vanidad se disfracen de filantropía? Si un fanático se lanza a la lucrativa causa del abolicionismo y se me acerca para contarme las últimas noticias sobre Barbados, no sé por qué no debería decirle: “Dedica tu amor a tus hijos; también a los leñadores del bosque; ten una buena naturaleza y sé modesto; alcanza la gracia y no trates de barnizar esa ambición cruel y poco caritativa que tienes con una inverosímil ternura hacia camaradas que están a miles de millas de aquí. El amor por lo lejano es un insulto hacia tu país”. Semejante recibimiento sería sin duda áspero y descarnado, pero la verdad es más bella que el cariño fingido. Vuestra bondad ha de tener espinas, o de lo contrario no será nada. La doctrina del odio debe invocarse como contrapunto a la doctrina del amor cuando ésta consiste en quejidos y lloriqueos. Cuando el genio llama mi nombre, dejo de lado a mis padres, a mi mujer y a mis hijos. Podría escribir la palabra *capricho*

en el dintel de la puerta, aunque espero que haya algo más que capricho en esto; pero no podemos gastar todo el día en dar explicaciones. Yo no os diré el motivo por el que busco o evito tener compañía. Igualmente, no me digáis vosotros, como hizo hoy mismo un buen hombre, que es mi obligación mejorar la situación de todos los pobres. ¿Acaso son *mis* pobres? Yo le digo al filántropo estúpido que sólo a regañadientes puedo darle un dólar o un centavo a aquellos que me pertenecen tan poco como yo les pertenezco a ellos. Sí existe una clase de personas a las que me vendo (y a las que compro) por afinidad espiritual. Si fuese necesario, iría a la cárcel por ellas. Sin embargo, y aunque confieso no sin sonrojo que en ocasiones cedo y doy un dólar para esa extraña caridad popular vuestra, para la educación que dais en esas universidades de bobos, para lugares de encuentro que ahora mismo no sirven para nada, para dar limosnas a los necios y a millares de casas de auxilio, es cierto que se trata de un dólar envenenado que las más de las veces tengo la integridad de ahorrarme.

Según la apreciación popular, las virtudes son más una excepción que una regla. Ahí va un hombre con virtudes. Las personas llevan a cabo lo que se llama una buena acción, ya sea un acto de coraje o de caridad, de la misma manera que pagan una multa por no haber aparecido en la exhibición diaria. Sus obras no son más que una apología o un debilitamiento de su existencia en el mundo, igual que los inválidos y los locos han de pagar un precio más alto. Sus virtudes son realmente una carga. Yo no quiero expiar mi culpa, quiero vivir. Mi vida tiene valor por sí misma, no está hecha para el espectáculo. La preferiría mucho antes aunque fuese menos variada, pero genuina y equilibrada, que rutilante e insegura. Quiero que sea firme y dulce, que no necesite dietas ni transfusiones. Te pido que me muestres ante todo que eres un hombre, pero rechazo que lo hagas recurriendo a las acciones. Yo ya he aprendido que es lo mismo llevar a cabo una acción elevada que renunciar a ella. No puedo consentir el tener que pagar por un privilegio al que tengo derecho por naturaleza. Por muy escasos

y limitados que sean mis talentos, yo existo, y no necesito el testimonio secundario mío o de mis compañeros.

Todo lo que debo hacer es aquello que me concierne, no lo que los demás creen. Esta regla, que resulta tan dura en la existencia real como en la vida intelectual, funciona como distinción entre la grandeza y la mezquindad. Y más dura resultará cuando os topéis con quienes dicen saber mejor que tú cuál es tu obligación. En sociedad es fácil vivir de la opinión de los demás, mientras que en soledad es fácil vivir de la nuestra propia; no obstante, un gran hombre es aquel que cuando está en medio de la multitud sabe salvaguardar la independencia de la soledad con perfecta gracia.

La objeción principal a someterse a costumbres que ya os parecen muertas es que dispersan vuestras fuerzas. Os hacen malgastar el tiempo y difuminan la huella de vuestro carácter. Si sustentas a una iglesia muerta, o cooperas con una sociedad basada en una Biblia muerta, o votas por un gran partido, ya sea a favor o en contra del gobierno, o pones tu mesa como lo haría una mera sirvienta, entonces me resultará difícil descubrir qué clase de persona eres bajo tantas máscaras. Además, obviamente, toda esa fuerza se resta de tu vida auténtica. Si, por el contrario, haces tu trabajo sabré reconocerte. Haz tu trabajo y te reforzarás a ti mismo. La persona ha de saber que la conformidad es el juego de la gallinita ciega. Si conozco a qué secta perteneces, conozco tus argumentos de antemano. Cuando oigo a un predicador anunciar que el tema de su sermón será la conveniencia de una de las instituciones de su iglesia, inmediatamente sé que no va a decir ni una sola palabra nueva y espontánea. Estoy convencido de que a pesar de su mucha palabrería acerca de la necesidad de examinar los fundamentos de la institución, ni él mismo va a hacerlo. Sé que se ha prometido a sí mismo mirar sólo hacia una parte, aquella que le está permitida no como hombre sino como pastor. No es más que un fiscal reprimido, y la arrogancia del pulpito es la peor hipocresía. Pues bien, muchos son quienes se han vendado los ojos con este o aquel pañuelo,

quienes se han adherido a una de estas opiniones generales. Esta sumisión no les hace falsos en unos pocos asuntos ni autores de unas pocas mentiras, sino que son falsos en todo. Ninguna de sus verdades es remotamente una verdad. Su dos no el dos real, ni su cuatro es el cuatro real. Cada palabra que dicen es una desilusión, aunque no sabemos por dónde empezar a corregirles. Mientras tanto, la naturaleza se da prisa en procuramos el uniforme del partido al que nos hemos de unir. Así comenzamos a tener siempre la misma expresión en la cara y adquirimos poco a poco la misma mueca de estupidez. En particular, hay una experiencia humillante que no para de causar estragos, incluso en la historia general: me refiero a la “tonta mueca de admiración”, a la sonrisa que forzamos cuando estamos en compañía poco agradable y para contestar en una conversación que no nos interesa en absoluto. Los músculos, que no se mueven espontáneamente, lo hacen según una voluntad mezquina, se tensan a todo lo largo del rostro y dan una sensación de lo más desabrida.

Si eres un inconformista el mundo te castiga con su repulsa. Por ello, el individuo ha de aprender a valorar un gesto áspero. Los transeúntes le miran con recelo, ya sea en público o en casa del amigo. Si esta aversión tuviese origen en un odio o una resistencia iguales a las suyas, bien haría en volverme a casa con el rostro triste; pero el gesto antipático de la multitud, al igual que su rostro amable, no tiene un motivo profundo, sino que se lo ponen y quitan según sople el viento o les diga el periódico. Aun así, el descontento de las gentes es más imponente que el del Senado o la universidad. Para un hombre firme es muy sencillo tolerar la ira de las clases cultivadas. La de éstas es una ira decorosa y prudente, pues se trata de clases en sí muy vulnerables. Sin embargo, cuando a esa ira femenina se añade la indignación de las demás gentes, cuando se levantan los pobres y los ignorantes, cuando la fuerza bruta e irreflexiva que yace en el fondo de la sociedad ruge y se alza, hacen falta unos hábitos de la magnanimidad y la religión dignos de un dios para tratarla como una fruslería sin importancia.

El otro temor que nos hace huir de la confianza en nosotros mismos es nuestra coherencia, esto es, el respeto hacia los actos y palabras del pasado. Los ojos ajenos no tienen más datos para valorar nuestra trayectoria que los hechos pasados, y somos reacios a defraudarlos.

A pesar de todo, ¿por qué deberíamos mantener la cabeza sobre los hombros? ¿Cómo arrancar este cadáver de la memoria sin contradecir algo que dijiste en este o aquel lugar? Imagínate que te contradices, ¿qué pasa entonces? Una de las reglas de la sabiduría parece ser el no guiarse solamente por la memoria, ni siquiera en actos de pura memoria, sino juzgar el pasado a través del millar de ojos del presente y vivir siempre un día nuevo. En tu metafísica has privado de personalidad a la deidad: y sin embargo, cuando surjan los sentimientos devotos en el alma, dótales de alma y vida aunque tengas que disfrazar la figura de Dios con colores y formas. Abandona tu teoría igual que José dejó su capa sobre la adúltera, y márchate.

El duende de las mentes simples es la incoherencia, la misma que adoran los políticos, filósofos y clérigos más pobres. Si un espíritu grande posee consistencia, ya no le resta nada más por hacer. Puede dedicarse por entero a sí mismo y a su sombra. Di lo que piensas hoy con palabras austeras, y de la misma manera mañana di lo que piensas aunque contradiga lo que has dicho hoy: así te asegurarás de que todos te malinterpreten. ¿Es por ello tan malo que le malentiendan a uno? Incomprendidos fueron Pitágoras, Sócrates, Jesús, Lutero, Copérnico, Galileo, Newton y todos los demás espíritus puros y sabios que se han encamado en el mundo. Ser grande consiste en ser incomprendido.

Supongo que nadie puede violar su propia naturaleza. Todas las efusiones de su voluntad están cercadas por la ley de mi ser, del mismo modo que los salientes de los Andes y el Himalaya resultan insignificantes en la curva general del globo. Tampoco importa demasiado cómo calibras o pones a prueba al individuo. Una personalidad es como unas siglas o como un verso palíndromo: significa lo mismo ya lo leas haría adelante o hacia atrás. En esta

existencia deliciosa y retirada que Dios me ha concedido me permito ir anotando mis humildes pensamientos día tras día sin mirar hacia adelante o hacia atrás, y no me cabe duda de que todos ellos son simétricos aunque yo ni los vea ni los quiera así. Mi obra ha de tener el aroma de los pinos y el zumbido de los insectos. Las golondrinas que sobrevuelan mi tejado deben enganchar en mi propia red los hilos o pajitas que llevan en el pico. Pasamos por aquello que somos. El carácter educa por encima de la voluntad. El ser humano piensa que puede comunicar sus virtudes o sus vicios solamente mediante acciones abiertas, y es incapaz de darse cuenta de que la virtud y el vicio en todo momento respiran por sí solos.

Siempre habrá acuerdo acerca de cualquier variedad de acciones cuando éstas sean honestas y naturales en su momento. Es así porque de una sola voluntad emanan acciones en armonía, por muy distintas que parezcan entre sí. Sus diferencias se pierden al mirarlas desde cierta distancia, desde una forma de pensar más alta. Una sola tendencia las une a todas. Los mejores barcos navegan en una línea en zigzag producto de mil virajes: pero si se mira desde la distancia, la línea se endereza. Una acción genuina vuestra no sólo se explicará a sí misma, sino también a las demás de su clase. Por el contrario, vuestra conformidad no explica nada. Actuad de manera individual y todo lo que hayáis hecho de ese modo os justificará. La grandeza llama al futuro. Si hoy puedo ser lo suficientemente fuerte para actuar correctamente y burlarme de las miradas de los otros, es porque ya lo debo haber hecho en el pasado y así puedo defenderme. Sea como fuere, actúa bien en este momento. Si desechas las apariencias podrás hacerlo. La fuerza del carácter es acumulativa. Los días virtuosos del pasado obran su fuerza en el presente. ¿De qué, si no, se compone la majestuosidad de los héroes del Senado y de la campaña que tanta imaginación ha colmado? La conciencia de tener detrás de sí todo un tren de días memorables y de victorias, días que arrojan una luz uniforme sobre aquel que viene a actuar después y al cual vigila una escolta de ángeles. Eso es precisamente lo que enciende el trueno en

la voz de Chatham, lo que otorga dignidad al porte de Washington y lo que hace que América se refleje en los ojos de Adams. El honor nos resulta venerable porque no es efímero, es siempre una virtud antigua. Hoy lo reverenciamos porque no pertenece al presente. Le tenemos afecto y le rendimos homenaje porque no constituye una trampa para nuestro amor y nuestra ofrenda, sino que depende de la persona, se deriva de ella, y por eso pertenece a una casta vetusta e inmaculada, incluso cuando se muestra en una persona joven.

Espero que nuestros días pronuncien las últimas palabras sobre la conformidad y la coherencia. A partir de aquí, dejad toda esa palabrería para las revistas y la mofa. En lugar de oír el gong de la comida, percibamos el silbido de un flautín espartano. No hagamos reverencia ni pidamos perdón nunca más. Si hoy viene un gran hombre a comer a mi casa, no quiero agradecerle yo, sino que quiero que él desee agradarme. Yo representaré a la humanidad, y aunque quiero hacerla amable, antes quiero hacerla verdadera. Encaremos y frenemos la sutil mediocridad y la escuálida felicidad de los tiempos. Lancémosle a la cara a las modas, al comercio y a los oficios el hecho incontestable de la historia: que allí donde trabaja cada ser humano hay un pensador y actor noble y responsable, que el hombre verdadero no pertenece a ningún otro lugar ni época, sino que es el centro de las cosas. Allí donde está él, está la naturaleza. Nos valora a nosotros, a todos los hombres y todos los hechos. De ordinario, cada individuo de la sociedad nos recuerda a algo o a alguien. La personalidad y la realidad no evocan nada en absoluto, pues toman el lugar de la creación misma. El ser humano ha de tener tal magnitud que convierta las circunstancias en algo irrelevante. Cada hombre auténtico es una causa, una nación y una era; precisa de un espacio, de números y tiempo infinitos para conseguir su propósito, de tal modo que la posteridad parecerá seguir sus pasos como una retahíla de clientes. Nace alguien llamado César y durante siglos tenemos el Imperio romano; nace Cristo y millones de almas crecen y se aferran a su genio de tal manera que se le llega a confundir con la virtud misma y con el

potencial de la humanidad. Una institución es la sombra alargada de un individuo: la vida monacal lo es del eremita Antonio; la Reforma, de Lutero; el cuaquerismo, de Fox; el metodismo, de Wesley; el abolicionismo, de Clarkson. El propio Milton se refería a Escipión como “la cumbre de Roma”. Toda la historia se despliega a partir de la biografía de unas pocas figuras sólidas y austeras.

Dejad entonces que el individuo encuentre su propia valía y así mantendrá todas las cosas bajo su dominio. No le permitáis que espíe o robe, ni tampoco que ande de un sitio a otro escondiéndose como si fuese un mendigo, un bastardo o un intruso, en un mundo que existe para él. Sin embargo, el hombre de la calle, que no encuentra en su interior un valor que se corresponda con la fuerza necesaria para construir una torre o esculpir un dios de mármol, se siente como un desheredado cuando mira obras semejantes. Para él, un palacio, una estatua o un libro caro tienen un aire lejano y prohibido, como si fuese un carruaje muy vistoso que parece decirle: “¿Y tú quién eres?”. Muy al contrario, son todas cosas suyas, reclaman su atención y piden que sus facultades se muestren y tomen posesión de ellas. El cuadro aguarda mi veredicto: no tiene control sobre mí, sino que soy yo quien ha de decidir si merece el elogio. Recordad aquella fábula en la que cogían a un borracho de la calle, lo llevaban a casa de un duque, lo aseaban y vestían y después le metían en la cama de éste, tras lo cual, a la mañana siguiente, todos le trataban con la pompa digna de un duque y le contaban que había estado fuera de sus cabales. Pues bien, esta historia debe su fama al hecho de que simboliza a la perfección el estado del ser humano, que en el mundo actual no es sino un borracho que de vez en cuando se despierta, hace uso de su razón y se da cuenta de que en verdad es un príncipe.

Nuestras lecturas son pobres y aduladoras. En lo que atañe a la historia, nuestra propia imaginación nos engaña. Los reinos y la nobleza, el poder y la clase social, forman un vocabulario más llamativo que ese John o Edward particulares que viven en sus

pequeñas casas y trabajan todos los días; sin embargo, los asuntos vitales son los mismos para todos, y la suma de todos ellos nos da el mismo resultado. ¿Por qué tanta deferencia hacia Alfredo, Scanderbeg y Gustavo? Imaginemos que fueron todos ellos hombres virtuosos. ¿Es que agotaron las virtudes? Lo que depende de tus actos privados hoy es tan grande como lo que aquéllos dejaron tras sus célebres pasos públicos. Cuando un individuo particular actúa a partir de un punto de vista original, las acciones de los reyes le transfieren el esplendor de los caballeros.

Al mundo lo han educado sus reyes, los cuales han hipnotizado los ojos de las naciones. Un símbolo de tal calibre nos ha enseñado la reverencia mutua que el hombre ha de tener con los demás hombres. Esa lealtad gozosa con la que individuos de todo el mundo han soportado que sus monarcas, nobles o propietarios se guiasen según sus leyes particulares, que para juzgar a los hombres y las cosas tuviesen una escala distinta, que no pagasen sus privilegios con dinero sino con honor y que se creyesen representantes de la ley, constituye el jeroglífico mediante el cual han tenido oscura conciencia de sus derechos y su gallardía, lo cual es atributo de todos los hombres.

El atractivo que ejerce toda acción original se explica cuando preguntamos acerca del motivo de la confianza en uno mismo. ¿Quién confía? ¿Sobre qué *sujeto* primigenio puede fundamentarse una confianza universal? ¿Cuál es la naturaleza y el poder de esa estrella que desafía a la ciencia, ese astro sin paralelo ni elementos mensurables que arroja un haz de belleza incluso sobre acciones impuras y triviales siempre que aparece el más mínimo rastro de independencia? Estas preguntas nos llevan a ese manantial que llamamos *espontaneidad o instinto*, que es esencia del genio, la virtud y la vida. A esta sabiduría primigenia la denominamos *intuición*, mientras que todo lo que viene después son enseñanzas. En esta fuerza primera y profunda encuentran su origen común todas las cosas, incluso aquellos hechos remotos que la ciencia no alcanza. Esto

sucede porque el sentido de la existencia que – sin saber cómo – se despierta en nuestra alma durante los momentos de calma no es diferente de los objetos, del espacio, de la luz, del tiempo o del hombre, sino que con ellos forma una unidad, y obviamente proviene de la misma fuente de la que provienen la vida y el ser de éstos. Primero compartimos la vida que hace que las cosas existan, tras lo cual pasamos a verlas como apariencias de la naturaleza y olvidamos que hemos compartido su causa. Ahí yace la fuente de la acción y del pensamiento. Son esos los pulmones de la inspiración que dota al individuo de conocimiento y que no puede ser negada sin hacer gala de impiedad y ateísmo. Nos hallamos en el regazo de una inteligencia incommensurable que nos hace receptores de su verdad y de sus medios de acción. Cuando discernimos la justicia o la verdad no lo hacemos por nosotros mismos, sino que estamos dejando paso a sus rayos de luz. Si nos preguntamos de dónde procede, si tratamos de fisgonear en el espíritu que la origina, toda la filosofía resultará errónea. Todo lo que podemos asegurar es su presencia o su ausencia. Cada persona distingue los actos voluntarios de su mente de sus percepciones involuntarias, y sabe que debe tener una fe inquebrantable en las segundas. Podrá equivocarse en su expresión, pero sabe que éstas son de tal manera y no admiten discusión, como el día y la noche. Mis acciones voluntarias y mis hallazgos son pasajeros; por el contrario, es el sueño más espontáneo, la emoción más simple y vaga quienes guían mi curiosidad y mi respeto. La gente atolondrada es la que contradice con la misma facilidad sus percepciones y sus opiniones, pues no distinguen entre ambas. Se imaginan que soy yo quien elige percibir esto o aquello. Antes bien, la percepción no es caprichosa, sino obligatoria. Si yo veo un rasgo distintivo, después también mi hijo lo verá – y, con el paso del tiempo, lo hará la humanidad entera, a pesar de que nadie lo haya visto antes que yo –. Mi percepción es un hecho tanto como lo es el sol.

Las relaciones entre el alma y el espíritu divino son tan puras que constituye una profanación el tratar de interponer entre ellas ayuda de

especie alguna. Cuando Dios se dirige a nosotros debe comunicarse, debe decir no una cosa sino todas; debe llenar el mundo con su voz; y debe esparcir la luz, la naturaleza. el tiempo y las almas desde el corazón del pensamiento actual, para así dar al mundo un tiempo y una creación nuevas. Allí donde hay una mente simple que recibe la sabiduría divina, los asuntos viejos se desvanecen: caen medios, maestros, textos y templos. Allí vive el ahora, y absorbe el pasado y el futuro en el momento actual. Todas las cosas que se relacionan con ella, sean de la naturaleza que sean, se tornan sagradas. La causa de las cosas disuelve a éstas, y los milagros particulares desaparecen en un milagro universal. Así pues, nunca creáis a aquel que dice conocer a Dios y hablar con él, pues te remonta al vocabulario de alguna vieja nación, a otro mundo. ¿O es que la bellota es mejor que el roble, si éste es la consumación de aquélla? ¿Es el padre mejor que el hijo al que ha legado su ser ya maduro? ¿Por qué, pues, tanta idolatría hacia el pasado? Los siglos no hacen sino conspirar contra la sensatez y la autoridad del espíritu. El tiempo y el espacio no son más que matices de color creados por el ojo, mientras que el alma es la luz. Donde llega ésta, se abre el día; donde deja de estar, llegó la noche. Y en todo ello la historia no es más que una impertinencia y un agravio, y eso admitiendo que es algo más que una jubilosa apología o una parábola de mi ser y mi devenir.

El hombre es tímido y no cesa de pedir disculpas. Ya no camina erguido, ni se atreve a decir “yo pienso” o “yo soy”, sino que se limita a citar a algún santo o erudito. Siente vergüenza ante una brizna de hierba o una rosa en flor. Estas rosas que brotan bajo mi ventana no hacen referencia a otras anteriores ni mejores; son las que son, existen con Dios en este día. Para ellas no existe el tiempo. Sólo está la rosa, que es perfecta en cada instante de su existencia. Antes de que florezca un capullo, su vida al completo entra en acción: en la flor ya no hay nada más, mientras que en la raíz desnuda yace todo. En todo momento su naturaleza queda satisfecha, al igual que ella satisface a la naturaleza. Sin embargo, el hombre no hace más que posponer o

recordar. No vive en el presente: bien sus ojos sienten nostalgia del pasado, bien anda de puntillas tratando de adivinar el futuro e ignorando las riquezas que le rodean. No puede ser dichoso ni fuerte hasta que viva con la naturaleza en el presente, más allá del tiempo.

Esto debería haber quedado ya suficientemente claro. No obstante, podemos ver cuántos intelectos poderosos no se atreven a escuchar a Dios si no es a través de la palabrería de un David, un Jeremías o un Pablo. Raras veces ponemos un precio tan alto a tan pocos textos, a tan pocas vidas. Somos como esos niños que repiten de memoria las frases de sus abuelas o sus tutores (y, conforme se hacen mayores, de los personajes de talento que conocen), tratando desesperadamente de recordar las palabras exactas que un día dijeron. Tiempo después, cuando adoptan el punto de vista que aquéllos expresaron, llegan a entenderlos y pueden abandonar esas frases, ya que cuando la ocasión lo requiera sabrán crear las suyas propias con igual conveniencia. Si vivimos de verdad, entonces podremos ver de verdad. Ser fuerte es tan sencillo para un individuo fuerte, como para el débil ser débil. Cuando sentimos una percepción nueva podemos descargar alegremente nuestra memoria de tesoros acumulados como si nos deshiciéramos de la basura vieja. Cuando el individuo vive con Dios, su voz es tan dulce como el murmullo de un arroyo o el susurro de los campos de maíz.

Por ahora, la verdad más alta sobre este asunto todavía no se ha dicho, y probablemente no puede decirse, pues todo lo que hablamos no es más que un recuerdo lejano de lo intuitivo. De mis pensamientos, el que más se puede acercar es el siguiente: cuando el bien se te acerque, cuando sientas la vida en tu interior, no será de la manera habitual; no distinguirás ya las huellas de otros, no verás el rostro de otro hombre ni oirás otro nombre; el modo, la idea y el beneficio serán totalmente extraños y nuevos. Dejarás de un lado el ejemplo y la experiencia. Tomarás el camino desde el hombre, no hacia él. Todos los que han vivido sólo son consejeros ya olvidados. También el miedo y la esperanza quedarán atrás. Y es que hay algo mezquino incluso en

la esperanza. En el momento en que llega la visión no hay nada que podamos llamar con propiedad gratitud ni gozo. El espíritu que se alza por encima de las pasiones contempla la identidad y la causalidad eterna, percibe la existencia propia de la *verdad* y lo *recto*, y entonces se calma con la conciencia de que todas las cosas siguen su curso apropiado. Los vastos espacios naturales, el océano Atlántico, los Mares del Sur, los grandes períodos de tiempo (años, siglos)..., todo eso deja de contar. Esto que pienso y experimento constituye la base de todos los estados pretéritos de la vida y de sus circunstancias, e igualmente es el sustento del presente, de lo que llamamos *vida* y lo que llamamos *muerte*.

Es la vida lo que tiene valor, no el haber vivido. El poder cesa en los momentos de reposo, pues reside en el momento de transición de un estado pasado a otro nuevo, en el paso del abismo, en el dardo que se dirige a su objetivo. El mundo odia esta realidad, esto es, que el espíritu *deviene*, ya que eso equivale a degradar el pasado para siempre, convertir todas las riquezas en migajas y toda reputación en vergüenza, contundir al santo con el maleante, y apartar a un mismo lado a Jesús y a Judas. Si es así, ¿por qué hablamos tanto sobre la confianza en uno mismo? Dondequiera que esté presente el alma habrá un poder no satisfecho, sino activo. Opinar sobre la confianza es sólo una manera pobre y externa de hablar. Es preferible hablar de aquello que confía, aquello que obra y que es. Quien posee mayor grado de obediencia que yo me domina, aunque no levante un dedo. A su alrededor me muevo gracias a la gravitación de los espíritus. Cuando hablamos de una virtud eminente nos la imaginamos como algo retórico. Todavía no hemos sido capaces de advertir que la virtud significa *altura*, que por las leyes de la naturaleza un hombre o una compañía de hombres – maleables y permeables a los principios – deben conquistar y gobernar sobre todas las ciudades, las naciones, los reyes, los millonarios y los poetas que carecen de esa naturaleza.

He aquí el hecho último al que rápidamente llegamos en este asunto, como en todos los demás: la resolución de todo en el siempre sagrado *uno*. La existencia en sí misma es el tributo de la *causa suprema*, de tal modo que la medida del bien se establece según el grado en que ésta penetra en las formas inferiores. Las cosas son reales en función de la virtud que contienen. El comercio, el matrimonio, la caza de animales o de ballenas, la guerra, la elocuencia, la influencia que tino ejerce..., todos ellos son algo, y merecen mi respeto como ejemplos de la presencia y la acción impura de aquélla. Puedo ver cómo en la naturaleza esa misma ley obra su influencia sobre la conservación y el desarrollo. En la naturaleza el poder es la medida esencial de lo correcto. Ella no permite en su reino nada que no se ayude a sí mismo. La creación y desarrollo de un planeta, su posición y órbita, el árbol torcido que se recupera del huracán o los recursos vitales de todo animal y vegetal son ejemplos de un espíritu autosuficiente y seguro de sí mismo.

De este modo, todo se concentra. No seamos vagabundos y sentémonos en el hogar con la causa. Deslumbremos y confundamos a esa chusma de hombres y libros intrusos declarando con naturalidad el hecho divino. Obliguemos a los invasores a que se quiten los zapatos, pues Dios habita en esta casa. Dejemos que sea nuestra sencillez quien los juzgue, que sea la obediencia a nuestra propia ley quien revele la mísera naturaleza y fortuna de nuestros adinerados ciudadanos.

Con todo, todavía somos una muchedumbre. El hombre no siente temor hacia sí mismo, ni a su genio se le aconseja que se quede en casa, que se ponga en contacto con el océano interior; al contrario, se marcha al extranjero para mendigar un vaso de agua de las fuentes de otros. Debemos caminar solos. Prefiero sentir el silencio que inunda la iglesia antes del servicio por encima de cualquier oración. ¡Qué lejanas. qué serenas y castas parecen las personas rodeadas por un recinto o santuario! Sentémonos nosotros siempre. ¿Por qué

deberíamos asumir los errores del amigo, la esposa, el padre o el hijo? ¿Es porque nos sentamos alrededor del mismo fuego o porque se dice que por nuestras venas corre la misma sangre? Todos los hombres tiene mi sangre, y yo tengo la de ellos, y no por eso voy a adoptar su misma postura ridícula y petulante, pues incluso llego hasta el punto de sentir vergüenza ajena. Vuestra soledad no debe ser mecánica sino espiritual, es decir, debe ser una elevación. Hay ocasiones en que se diría que el mundo parece confabularse para importunarnos con minucias cargadas de pompa. Amigos, clientes, niños, enfermedades, temores, necesidades, caridad..., todos llaman a la puerta de tu refugio y te gritan “¡Sal con nosotros!”. Tú has de mantener tu condición y no mezclarte con sus desórdenes. El poder que tienen los hombres para molestarme se lo he concedido yo con una débil curiosidad. Nadie se me puede acercar si no es a través de mis actos. “Tenemos aquello que amamos, pero el deseo nos hace despojarnos del amor”.

Si no podemos alcanzar inmediatamente la santidad de la obediencia y la fe, al menos resistamos ante la tentación. Entremos en estado de guerra, levantemos a Thor y Woden – el coraje y la constancia – en nuestras almas sajonas. En tiempos tan tímidos como los de hoy, eso se consigue diciendo la verdad. Reprimid toda hospitalidad y afecto falsos. No viváis esperando a esas gentes frustradas y frustrantes con las que conversáis. Decidles: ¡Oh padre, oh madre, oh esposa, oh hermano, oh amigo! Hasta ahora he vivido contigo por las apariencias. A partir de hoy, pertenezco a la verdad. Debéis saber que desde este momento no obedezco otra ley que no sea la eterna. En mí no encontraréis promesas, sino cercanía. Me esforzaré por alimentar a mis progenitores, por mantener a mi familia y por ser digno marido para mi esposa; pero estos vínculos he de consumirlos de un modo nuevo y nunca antes visto. Os hablo desde vuestras propias costumbres, pero debo ser yo mismo. Ya no puedo dividirme por vosotros, ni puedo exigirlos a vosotros tal cosa. Si podéis amarme por lo que soy, entonces todos seremos felices. Si no podéis, buscaré merecer que lo hagáis. No esconderé mis gustos ni mis aversiones.

Confiaré tanto en que todo lo que es profundo es también sagrado que no escatimaré fuerzas en hacer aquello que el corazón me señala y me deleita interiormente. Si eres de carácter noble, te amaré; si no lo eres, ni tú ni yo nos ofenderemos con cumplidos hipócritas. Si eres auténtico de un modo distinto al mío, sé fiel a tus compañeros que yo me buscaré los míos. No hago nada de esto con fines egoístas, sino con humildad y honradez. Por mucho que hayamos vivido entre mentiras, el objetivo mío, tuyo y de todos los hombres es vivir dentro de tu verdad. ¿Parece demasiado severo decir algo semejante en nuestros días? Pronto llegaréis a amar aquello os que dicta nuestra naturaleza; si seguimos los pasos de la verdad, ella nos rescatará sanos y salvos. No obstante, así causarás daño a esos tus amigos. Así es, mas no puedo vender mi libertad y mi poder para proteger su sensibilidad. Además, todo el mundo tiene momentos de lucidez en los que giran sus ojos hacia la región de la verdad absoluta; entonces me defenderán y obrarán como yo lo hago.

El pueblo piensa que tu rechazo a los principios populares equivale a rechazar cualquier principio, esto es, que equivale al antinomianismo, de modo que hasta el sibarita más imprudente utilizará el nombre de la filosofía para disfrazar sus crímenes. Sin embargo, la ley de la conciencia permanece. Hay dos clases de confesionarios a los que podemos acudir para pedir la absolución. Puedes cumplir con tu obligación confesando de manera *directa* o de manera *refleja*. Piensa si has cuidado tus relaciones con tu padre, tu madre, tu primo, tu vecino, con tu ciudad, tu gato y tu perro. Comprueba si alguno de ellos puede reprenderte. Por mi parte, yo puedo dejar a un lado este principio reflejo y absolverme a mí mismo. Tengo mis propias reivindicaciones dignas y mi círculo perfecto, y éste no considera obligaciones las muchas exigencias que pasan por tales. Sin embargo, si soy capaz de descargarme de deudas podré arreglármelas sin el código popular. Si alguien cree que esta ley es demasiado relajada que trate de cumplirla durante un solo día.

En verdad muestra rasgos divinos quien es capaz de rechazar los argumentos habituales de la humanidad para aventurarse a confiar en sí mismo como dueño de sus acciones. Su corazón tiene que ser elevado, su voluntad fiel y su vista limpia para que de veras pueda erigirse en doctrina, sociedad y ley para sí mismo, pues el propósito más simple es para él tan fuerte como la necesidad imperiosa lo es para otros.

Si alguien tiene en cuenta estos aspectos referentes a lo que llamamos *sociedad* comprobará cuán necesaria resulta esta ética. Diríase que le han arrancado la fibra y el corazón al hombre, y por eso se ha transformado en un quejica temeroso y abatido. Tenemos miedo a la verdad, a la fortuna, a la muerte y a cada uno de nosotros mismos. Nuestra era no produce individuos extraordinarios y perfectos. Queremos hombres y mujeres que renueven la vida y nuestra situación social, pero vemos que la mayoría de las figuras son poco solventes, que no pueden satisfacer ni sus propias necesidades, que su ambición excede con mucho su fuerza práctica, y que continuamente se inclinan para suplicar. Nuestra vida doméstica es digna de un mendigo; ni siquiera hemos elegido nuestras artes, nuestras actividades, nuestros matrimonios o nuestra religión, sino que la sociedad lo ha hecho en nuestro lugar. Somos soldados de salón. Rehuimos la difícil batalla del destino, que es donde nace la fuerza.

Si nuestros jóvenes fracasan en sus primeras labores, perderán la esperanza. Si un joven mercante falla, le dicen que está *arruinado*. Si, transcurrido un año de haberse graduado, el mejor de nuestros cerebros universitarios no consigue que le metan en una oficina de los alrededores de Boston o Nueva York, tanto a él como a sus amigos les parecerá bien justificado que éste se desmoralice y se queje durante el resto de sus días. Cualquier muchacho de New Hampshire o Vermont con suficiente empuje como para acometer todas las profesiones, para *crear un equipo, labrar o vender de puerta en puerta*, para mantener una escuela, dar sermones, editar un periódico, ir al Congreso,

comprar terrenos públicos. etc., vale tanto como un centenar de esas marionetas de ciudad. Él sí camina hombro con hombro con sus tiempos y no siente vergüenza por no “estudiar una profesión”, ya que no demora su vida, sino que la vive en el momento. No tiene una oportunidad, sino cientos. Deja que un estoico explique los recursos del individuo y les diga a los hombres que no son sauces llorones, sino que pueden y deben ser independientes; que ejercitando la confianza en uno mismo surgirán poderes nuevos; que un hombre es el mundo encarnado, nacido para sanar a los pueblos; que debería avergonzarse de nuestra compasión; y que en el momento que actúa por sí mismo y arroja por la ventana las leyes, los libros, el fanatismo y las costumbres; entonces dejamos de tenerle lástima y pasamos a darle las gracias y a reverenciarle. Ese maestro restaurará el esplendor que corresponde a la vida del hombre y hará que toda la historia admire su nombre.

No resulta difícil comprobar que una firme confianza en uno mismo ha de provocar una revolución en todas las funciones y vínculos del individuo: en su religión, su educación, sus ambiciones, su modo de vida, sus alianzas, sus propiedades y sus reflexiones.

1. ¡A qué oraciones se entregan los hombres! Eso que llaman oficio sagrado tiene poco de valiente y de varonil. La oración mira hacia afuera y reclama que una virtud ajena aporte un complemento también ajeno, y para ello se pierde en un embrollo infinito acerca de lo natural y lo sobrenatural, lo meditativo y lo milagroso. Un rezo que implora una comodidad particular, cualquier cosa que no sea el bien universal, está corrompido. La oración es la mirada sobre los hechos vitales desde el punto de vista más alto. Es el soliloquio de un espíritu contemplativo y jubiloso. Es el espíritu de un Dios que aprueba su propia obra. Sin embargo, cuando la plegaria tiene como objetivo un fin privado se transforma en una mezquindad y un robo, ya que supone una dualidad – y no una unidad – en la naturaleza y en la conciencia. En cuanto el individuo se une a Dios deja de mendigar. En ese

momento es capaz de ver una oración en todas las acciones. La del campesino que se arrodilla en el campo para quitar la mala hierba, o la del remero que también se arrodilla a la llamada de su timonel, son plegarias de verdad que se puede escuchar a lo largo y ancho de toda la naturaleza, si bien en este caso buscan objetivos sencillos. En la obra *Bonduca* de Fletcher, cuando al personaje de Catarach le advierten que debe conocer los pensamientos del dios Andate, responde:

Su significado oculto yace en nuestros esfuerzos,
Nuestros valores son los mejores dioses.

Nuestros lamentos son otro tipo de plegarias falsas. El descontento es la carencia de confianza en uno mismo, una enfermedad de la voluntad. Lamentad las calamidades si con ello podéis ayudar a quien las sufre; si no es así, aplicaos a vuestra tarea y con ello comenzará a repararse el mal. Nuestra compasión es tan mezquina como el lamento. Acudimos a quienes lloran por tonterías, nos sentamos a su lado y lloramos para acompañarlos, en lugar de mostrarles la verdad y la salud con descargas eléctricas que les pongan de nuevo en comunicación con su propio sentido común. El secreto de la fortuna está en la alegría de nuestras manos. Dioses y hombres dan la bienvenida a todo aquel que se ayuda a sí mismo. Para él todas las puertas están abiertas, tollas las voces le saludan, todos los honores le coronan y todas las miradas le siguen con deseo. A él va nuestro amor y lo abraza, precisamente porque no lo necesita. Le tocamos y recibimos con ansia y precaución porque decidió seguir su camino e ignorar nuestras críticas. Los dioses le aman porque los hombres le odian. “Los benditos inmortales”, decía Zororoastro, “socorren a aquel que persevera”.

Al igual que las oraciones de los hombres son una enfermedad de la voluntad, los credos lo son del intelecto. Dicen lo mismo que

aquellos bobos israelitas: “Que no sea Dios quien nos hable, que si no moriremos. Habla tú, o que hable cualquiera de los nuestros, y le obedeceremos”. No hay lugar donde no me resulte imposible encontrar a Dios en mi hermano, pues éste ha cerrado ya las puertas de su propio templo y se limita a recitar las fábulas del Dios de su hermano, o del Dios del hermano de su hermano. Una mente nueva es una nueva clasificación. Si esta mente posee una actividad y una fuerza fuera de lo común – ya sea un Locke, Lavoisier, Hutton, Bentham o Fourier – impondrá su clasificación a los demás, y de ahí nacerá un nuevo sistema. La satisfacción del discípulo es proporcional a la profundidad del pensamiento y a la cantidad de objetos que éste toca y deja al alcance de aquél. Esto se puede comprobar fácilmente en los dogmas y en las Iglesias, que también son clasificaciones de un espíritu poderoso al actuar sobre las ideas básicas del deber y de la relación entre el hombre y el Altísimo, tal sucede con el calvinismo, el cuaquerismo o los seguidores de Swedenborg. El creyente lo somete todo a la nueva terminología y por ello experimenta el mismo placer que siente esa niña que aprende botánica mientras ve un campo nuevo con nuevas plantas. Durante un cierto tiempo, el discípulo creerá que su inteligencia ha aumentado gracias al estudio de la mente de su maestro. Sin embargo, las mentes simples idolatran las clasificaciones, las hacen pasar por fines en sí mismos y no por instrumentos provisionales, de tal modo que los muros del sistema y los del universo se les mezclan allá en el horizonte. Creen que los astros cuelgan del arco que construyó su maestro. No pueden entender por qué vosotros, seres extraños, deberíais tener derecho a mirar; ni siquiera entienden que vosotros también sabéis mirar. “Deben habérselas ingeniado para robarnos la luz”. No se dan cuenta de que la luz, azarosa e indómita, penetrará en todas las casas, incluso en las suyas. Dejadles que graznen y crean que les pertenece. Si son honrados y actúan correctamente, pronto su nuevo redil se quedará estrecho y bajo, crujiará y se ladeará, se pudrirá y desaparecerá, y esa luz inmortal – renovada y alegre, brillando con millones de esferas y colores –

resplandecerá sobre el universo como si se tratase de la primera mañana.

2. La falta de una cultura propia hace que la superstición de viajar – cuyos ídolos son Italia, Inglaterra y Egipto – fascine a todos los americanos cultos. Quienes convirtieron a Inglaterra, Italia o Grecia en objetos de veneración para la imaginación lo hicieron quedándose donde estaban, como si fuesen el eje de la Tierra. En las horas de empuje sentimos que el deber es nuestro sitio. El alma no es un viajero. El hombre sabio se queda en casa, y cuando las necesidades o el deber le llaman a salir de ella o a viajar a tierras extrañas, su semblante dice a los hombres que viene como misionero del conocimiento y de la virtud, y por ello visita ciudades y gentes en calidad de rey, no como intruso o como ayuda de cámara.

No voy a poner objeciones a la navegación alrededor del globo mientras ésta sirva a los propósitos del arte, del estudio y de la benevolencia, pues con ella primero se puede adiestrar al individuo, o conseguir que no se marche al extranjero con la esperanza de hallar algo más grande que lo que ya conoce. Quien viaja por pasatiempo o para conseguir lo que no tiene se aleja de sí mismo y, por muy joven que sea, envejece entre objetos viejos. Sea en Tebas o en Palmira, su voluntad y su mente se hacen viejas y se dilapidan tanto como las ciudades mismas. Lleva ruinas a las ruinas.

Viajar es el paraíso de los ingenuos. Nuestros primeros viajes sirven para descubrir cuán poco diferentes son los lugares. En mi propia casa puedo soñar que me embriaga la belleza de Nápoles y Roma, y gracias a eso me abandona la tristeza. Hago las maletas, me despido de los amigos, me embarco y amanezco en Nápoles, pero no he dejado atrás la cruda realidad: junto a mí está el mismo sujeto triste e intranquilo del que pretendía huir. Busco el Vaticano y los palacios. Intento que me embelesen sus vistas y evocaciones, pero no es así. Mi coloso va dondequiera que voy yo.

3. Con todo, el furor por los viajes es síntoma de una debilidad mayor que afecta a toda la actividad intelectual. El intelecto es un vagabundo, pero es nuestro sistema educativo quien estimula la impaciencia. Nuestra mente viaja mientras nuestros cuerpos han de permanecer en casa. Nos conformamos con imitar, pero ¿qué es la imitación sino el viaje de la mente? Nuestras casas se construyen según el gusto extranjero, nuestras estanterías se adornan con ornamentos extraños y nuestros gustos, opiniones y facultades se inclinan hacia el *pasado* y lo *distante*. Allí donde florecieron las artes fue porque el alma las creó. El artista sólo tuvo que buscar modelos en su propia mente. Fue una aplicación de su pensamiento a la cosa que había que hacer y a las condiciones que había que cumplir. ¿Por qué habría de copiar los modelos dórico o gótico? La belleza, la proporción, la grandeza de pensamiento y la expresión austera nos resultan tan cercanas a nosotros como a cualquiera, y si el artista americano estudia con confianza y devoción qué es lo que tiene que hacer y tiene en cuenta el clima, la tierra, la duración del día, las necesidades de la gente, los hábitos y formas del gobierno, entonces será capaz de crear un hogar en que quepan todos ellos, y de paso satisfará el gusto y los sentimientos.

Insiste en ti mismo, no imites jamás. En todo momento puedes presentar tu talento con la fuerza acumulada que otorga la labor de una vida; por el contrario, el talento que se adopta de otros sólo se posee de manera extemporánea e incompleta. Sólo el Hacedor puede decir lo que uno sabe hacer mejor. Nadie sabe qué es hasta que él se lo muestre. Si no, ¿dónde está el maestro que pudo enseñar a Shakespeare? ¿Y el de Franklin, Washington, Bacon o Newton? Todo gran hombre es único. El escipionismo de Escipión es precisamente la parte de la que no podemos apropiarnos. Shakespeare nunca emergerá del estudio de sus obras. Haz aquello que se te ha asignado y no podrás esperar ni arriesgarte demasiado. En este momento te aguarda una frase tan valiente y sublime como el escoplo de Fidias, la espátula de los egipcios o la pluma de Moisés o Dante, aunque distinta de todas

ellas. No parece probable que un espíritu tan fértil y elocuente y con tantas voces distintas se digne a repetirte las cosas. Sin embargo, si puedes oír a estos patriarcas podrás responderles con el mismo tono de voz, pues el oído y la lengua son dos órganos de una misma naturaleza. Habita en las regiones sencillas y nobles de tu vida, obedece a tu corazón y llegarás a reproducir de nuevo el Antemundo.

4. Si nuestra religión, nuestra educación y nuestro arte dirigen la mirada al extranjero, lo mismo ocurre con el espíritu de nuestra sociedad. Todos los hombres alardean de haber contribuido al progreso de la sociedad, y sin embargo el hombre no ha progresado nada.

La sociedad no progresa nunca. Cuando avanza por un lado es para retroceder por otro. Está en continua transformación: es bárbara, civilizada, cristiana, opulenta o científica, pero estos cambios no constituyen una mejora. Por cada cosa que se nos concede tenemos que entregar algo. La sociedad se enriquece con artes nuevas a costa de perder instintos antiguos. ¡Qué contraste entre, por una parte, el americano bien vestido que lee, escribe y piensa y lleva en su bolsillo un reloj, un lápiz y una letra de cambio, y, por otra, el nativo desnudo de Nueva Zelanda cuyas posesiones se reducen a un garrote, una lanza, una esterilla y un rincón en la choza común para pasar la noche! No obstante, si comparáis la salud de ambos veréis que el hombre blanco ha perdido su vigor primitivo. Si es cierto lo que dicen los viajeros, golpead con un hacha a un salvaje y observaréis que sus heridas se cierran en uno o dos días, como si hubieseis descargado sobre una resina blanda, mientras que un golpe semejante llevará al hombre blanco directamente a la tumba.

El hombre civilizado construye carruajes, pero ha abandonado el uso de los pies. Podrá apoyarse en las muletas, pero ha perdido la potencia de los músculos. Lleva un precioso reloj suizo, pero ha olvidado cómo averiguar la hora valiéndose del sol. Podrá encontrar información fiable en su almanaque náutico de Greenwich, pero el

hombre de la calle desconoce las estrellas del cielo. No contempla el solsticio, y del equinoccio apenas sabe nada. El radiante calendario del año no tiene indicador en su mente; su agenda debilita su memoria; las bibliotecas son una carga para su ingenio; las casas de seguros hacen que aumente el número de accidentes; y cabe preguntarse si la tecnología no nos estorba demasiado, si con el refinamiento no habremos perdido fuerza, y también algo del empuje de la virtud natural por culpa de un cristianismo atrincherado en sus formas e instituciones. Y es que cada estoico era un estoico; pero, en la Cristiandad ¿dónde está el cristiano?

No hay desviación mayor en la ley moral que la que afecta a la altura o el volumen. Hoy día los hombres no son más grandes que los de antes. Puede observarse una extraña igualdad entre los hombres ilustres de la antigüedad y los de ahora. Ni toda la ciencia, ni el arte, ni la religión ni la filosofía del siglo XIX sirven para educar hombres más grandes que los héroes que creó Plutarco veintitrés o veinticuatro siglos atrás. La casta no progresa con el tiempo. Foción, Sócrates, Anaxágoras y Diógenes fueron personajes de gran estatura, pero no hemos heredado de ellos ninguna clase social. A aquel que pertenece a su clase no se le suele llamar por el nombre de aquéllos, sino que tiene el suyo propio y es a su vez fundador de su propia institución. Las artes y los inventos de cada época constituyen el ropaje de las mismas, mas no fortalecen al individuo. Quizá el daño que causan las máquinas perfeccionadas compensará sus bienes. Hudson y Behring consiguieron tantas cosas con sus barcos de pesca que asombraron a Parry y a Franklin, cuyo equipamiento ya había agotado los recursos de la ciencia y el arte. Galileo sólo necesitó unos simples anteojos para descubrir una serie de fenómenos celestes más soberbios que cualesquiera que se hayan visto después. Colón encontró el Nuevo Mundo navegando en una carabela. Resulta curioso comprobar cómo los medios y las tecnologías que se presentaban entre el clamor de los elogios hace unos años o unos siglos, caen en desuso y desaparecen cada cierto tiempo. El genio retoma al hombre esencial. Consideramos

los progresos en el arte de la guerra como un triunfo de la ciencia; sin embargo, Napoleón conquistó Europa utilizando el sistema del vivac, que consiste en alimentarse solamente del valor, sin ninguna otra ayuda externa. Según Las Casas, el Emperador mantenía que resultaba imposible formar un ejército perfecto “si a los soldados no se les quitan las armas, los almacenes, los comisarios y los vehículos y, al modo romano, se les entrega una ración de trigo para que lo trituren en sus manos y se hagan ellos mismos su pan”.

La sociedad es una ola. La ola avanza, pero el agua de la que está compuesta no. La misma partícula no se eleva desde el valle hasta la cresta. Su unidad es sólo una apariencia. Las personas que forman hoy una nación morirán el año que viene y se llevarán con ellos sus experiencias.

Así, la confianza en la propiedad, incluyendo la confianza en los gobiernos que la protegen, también denota falta de confianza en uno mismo. Hace tanto tiempo que los hombres han apartado la mirada de sí mismos y de las cosas que han llegado a contemplar las instituciones religiosas, cultas y civiles como defensores de la propiedad, y desprecian toda crítica hacia aquéllas porque creen que son ataques a ésta. Miden el valor de las personas por lo que poseen, no por quiénes son. A pesar de ello, el nuevo respeto por la naturaleza propia hace que el hombre culto sienta vergüenza de sus posesiones. Sobre todo odia lo que tiene si considera que es accidental, que le ha llegado por herencia, por donación o mediante un delito. Entonces siente que eso no es poseer, que nada le pertenece, que sus bienes no tienen vínculos con su ser, sino que simplemente los conserva porque no hay ladrón ni revolución que se los arrebate. Pero la naturaleza del hombre consiste en adquirir constantemente, y lo que adquiere es una propiedad viva que no está expuesta a los legisladores. las multitudes, las revoluciones, el fuego, la tormenta o las bancarrotas, sino que está en constante renovación allí donde respira el ser humano. “Tu parte de la vida”, decía el califa Alí, “va siempre detrás de ti, así que deja de

andar buscándola”. Nuestra dependencia respecto de estos bienes ajenos nos conduce a un respeto servil por los números. Los partidos políticos celebran asambleas populosas. A medida que aumenta la concurrencia, los millares de ojos y brazos nuevos que saludan a cada nueva agrupación – ¡La delegación de Essex! ¡Los demócratas de New Hampshire! ¡Los liberales de Maine! – permiten que el joven patriota se sienta más fuerte que antes. Igualmente, los reformistas convocan asambleas donde se vota y se toman decisiones por aclamación. Amigos míos, Dios no se acercará y habitará en vosotros por medios semejantes. En el momento en que un hombre deja de lado todo el apoyo externo es cuando le veo fuerte y predominante. Cada vez que tiene que recurrir a su estandarte se hace más débil. ¿Acaso un individuo no es mejor que una ciudad? No le pidas nada al hombre, pues en un mundo en eterno cambio es tu columna firme la que debe aparecer como sustento de todo aquello que te rodea. Aquel que sabe que el poder es innato, que entiende que la debilidad proviene de buscar la bondad fuera de sí mismo y, sabiéndolo, se lanza a su propio pensamiento, es quien puede caminar erguido, gobernar sus extremidades y obrar milagros (igual que quien camina apoyándose en los pies es más estable que quien lo hace sobre la cabeza)

Así pues, utilizad aquello que llamamos *fortuna*. Muchos son quienes juegan con ella y lo ganan todo o lo pierden lodo, depende de la rueda. Pero tú has de entender que tales ganancias son ilícitas y debes desenvolverte en la *causa* y el *efecto*, que son los dignatarios de Dios. Trabaja y adquiere dentro de la voluntad, así retendrás la rueda de la fortuna y no tendrás que temer sus giros. Una victoria política, una subida de los alquileres, la recuperación tras una enfermedad o el regreso del amigo ausente son hechos que nos colman de alegría, y con buena lógica piensas que tras ellos han de venir días propicios. No te lo creas. Nada que no seas tú puede darte paz. Nada que no sea el triunfo de los principios.

BIBLIOTECA HUMANISMOEUEUROPA

Colección TEXTOS

Guillermo Gómez Rivera, *La falencia filipina y la ruina de la expresión*

Colección ESTUDIOS

Pedro Aullón de Haro, *Europa / Asia*

Pedro Aullón de Haro, *Teoría del Filipinismo*

Efrain Kristal, *En torno a la historia del concepto de Historia literaria hispanoamericana*

“LA CONFIANZA EN UNO MISMO” (1841) de Ralph Waldo Emerson (1803-1882) es, junto con “Experiencia”, el ensayo filosófica y humanísticamente más relevante de su autor. Definido por Oliver Wendell Holmes como “la declaración de independencia cultural” de Estados Unidos, constituye uno de los textos fundacionales no ya de la literatura de su país, sino de su historia y de su cultura en general. Se trata de un texto de temática fundamentalmente identitaria, en el que se van trazando las aspiraciones a la emancipación cultural de su país respecto del Viejo Continente y en el que al mismo tiempo se vislumbran las características potenciales de la nueva nación.

RICARDO MIGUEL ALFONSO es profesor Titular de Literatura Norteamericana y Teoría Literaria en la Universidad de Castilla-La Mancha, Ciudad Real. Sus dos especialidades investigadoras son la literatura estadounidense del siglo XIX y la evolución y conformación de la teoría literaria angloamericana desde la Edad Media hasta las vanguardias. Es traductor al español de obras de Ralph Waldo Emerson, William Hazlitt y George Santayana, entre otros. Además, ha publicado artículos sobre estos y otros autores para revistas y editoriales españolas y extranjeras.

